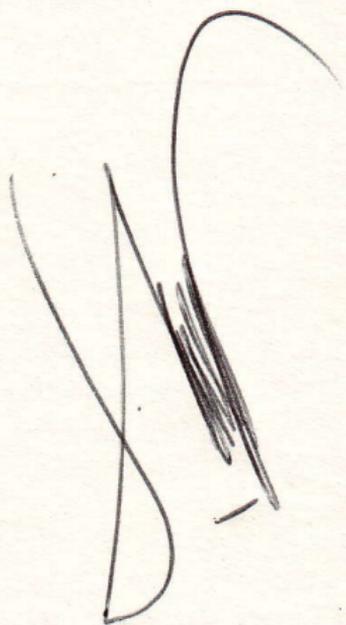


Internados

*Ensayos sobre la situación social
de los enfermos mentales*

Erving Goffman

Amorrortu editores
Buenos Aires



Director de la biblioteca de sociología, Luis A. Rigal
*Asylums. Essays on the Social Situation of Mental Patients
and Other Inmates*

Erving Goffman, 1961

Primera edición en castellano, 1970; segunda edición, 1972

Traducción, María Antonia Oyuela de Grant

Revisión técnica, María Celia Bustelo

Unica edición en castellano autorizada por *Doubleday & Company, Inc.*, Nueva York, y debidamente protegida en todos los países. Queda hecho el depósito que previene la ley n° 11.723. © Todos los derechos reservados por Amorrortu editores S. C. A., Luca 2223, Buenos Aires.

La reproducción total o parcial de este libro en forma idéntica o modificada, escrita a máquina por el sistema *multigraph*, mimeógrafo, impreso, etc., no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Impreso en la Argentina. Printed in Argentina.

Erving Goffman nació en Canadá en 1922. Obtuvo su primer título universitario (Bachelor of Arts) en la Universidad de Toronto en 1945, y estudió después en la de Chicago, donde se graduó de Master of Arts en 1949 y de Philosophical Doctor en 1953. Vivió por espacio de un año en una de las pequeñas islas Shetland, reuniendo material para una tesis sobre esa comunidad. Más adelante actuó como científico invitado en el Instituto Nacional de Salud Mental de Washington. Goffman es autor de varios artículos y reseñas bibliográficas, aparecidos en *Psychiatry*, *American Journal of Sociology* y otras publicaciones periódicas, y de las obras *Estigma. La identidad deteriorada* y *La presentación de la persona en la vida cotidiana* (publicadas por Amorrortu editores). Es miembro del Departamento de Sociología de la Universidad de California, con sede en Berkeley.

tan a la vista. No me permití comprometerme, ni siquiera nominalmente: de haberlo hecho, mi radio de acción y mis roles —y por lo tanto mis datos— habrían sido más restringidos aún de lo que fueron. Para obtener los pormenores etnográficos deseados sobre determinados aspectos de la vida social del paciente, no apliqué los tipos usuales de medidas y controles. Supuse que el rol y el tiempo requeridos para recoger pruebas estadísticas de sólo unas pocas afirmaciones me impediría reunir datos generales sobre la estructura íntima de la vida del paciente. Mi método tiene, además, otras limitaciones. La visión que del mundo tiene un grupo tiende a sostener a sus miembros, y presuntamente les proporciona una definición de su propia situación que los autojustifica, y una visión prejuiciada de los que no pertenecen al grupo (en este caso, los médicos, enfermeros, asistentes del hospital y familiares). Para describir la situación del paciente con fidelidad es imprescindible presentarla en una perspectiva parcial. (Personalmente me siento, en cierta medida, eximido de esta parcialidad por un criterio de equilibrio: casi todos los trabajos profesionales sobre los enfermos mentales han sido escritos desde el punto de vista del psiquiatra que, hablando en términos sociales, está ubicado respecto a mi perspectiva en el bando opuesto.) Quiero advertir, además, que mi punto de vista probablemente corresponda demasiado al de un hombre de clase media; quizá sufrí más, sustitutivamente, ciertas situaciones, que los pacientes de clase baja expuestos a ellas. Por último, a diferencia de algunos pacientes, cuando llegué al hospital no me inspiraba gran respeto la disciplina psiquiátrica ni las instituciones que se limitan a su práctica consuetudinaria.

Deseo reconocer en forma especial el apoyo que recibí de las instituciones patrocinantes. La autorización para estudiar en St. Elizabeth fue tramitada por intermedio del doctor Jay Hoffman, hoy fallecido, a la sazón primer médico asistente. Se convino con él que el hospital se reservaba el derecho de ejercer una crítica previa a la publicación, pero que la censura definitiva, así como todo privilegio de formular aclaraciones incumbían exclusivamente al NIMH de Bethesda. Quedó entendido que no se le informaría a él ni a nadie ninguna observación referente a cualquier miembro identificado del personal o de los internos, y que en mi carácter de observador yo no estaba obligado a interferir en ninguna forma en lo que ocurría en derredor, observara lo

que observase. El doctor Hoffman convino en abrirme cualquier puerta del hospital, y así lo hizo cada vez que le fue requerido en el curso de la investigación, con una cortesía, una celeridad y una eficiencia que no olvidaré nunca. Cuando el superintendente del hospital, doctor Winifred Overholser, repasó ulteriormente los borradores de mis estudios, hizo algunas útiles rectificaciones concernientes a ciertos notorios errores de hecho, y sugirió atinadamente la conveniencia de que expusiera de modo explícito mi enfoque y mi método. Durante la investigación, el Laboratorio de Estudios Socioambientales, entonces encabezado por su director fundador, John Clausen, me proporcionó remuneración, ayudas auxiliares, crítica versada y aliento para observar el hospital con genuino criterio sociológico, y no de psiquiatra principiante. Si el Laboratorio o el organismo al que pertenece (el NIMH) ejercieron alguna vez sus derechos de aclaración, yo lo advertí solamente en una oportunidad en que me insinuaron la conveniencia de sustituir por sendos sinónimos uno o dos adjetivos descorteses. Quiero destacar que esta libertad y esta oportunidad de emprender una investigación pura me fueron proporcionadas por una institución del gobierno, mediante el apoyo financiero de otra; que ambas debían actuar en la atmósfera presumiblemente delicada de Washington, y que esto se hizo en un tiempo en que varias universidades del país, baluartes tradicionales de la investigación libre, habrían impuesto más restricciones a mis esfuerzos. Debo agradecer a los psiquiatras e investigadores sociales del gobierno su rectitud de juicio y su amplitud de criterio.

Erving Goffman
Berkeley, California, 1961

Introducción

Una institución total puede definirse como un lugar de residencia y trabajo, donde un gran número de individuos en igual situación, aislados de la sociedad por un período apreciable de tiempo, comparten en su encierro una rutina diaria, administrada formalmente. Las cárceles sirven como ejemplo notorio, pero ha de advertirse que el mismo carácter intrínseco de prisión tienen otras instituciones, cuyos miembros no han quebrantado ninguna ley. Este libro se refiere a las instituciones totales en general, y a un caso particular de ellas: los hospitales psiquiátricos. Enfoca principalmente el mundo del interno, no el del personal, y se propone, como uno de sus objetivos básicos, exponer una versión sociológica de la estructura del yo.

Los cuatro ensayos contenidos en este libro fueron escritos asignándoles carácter independiente, y los dos primeros se publicaron por separado. Todos apuntan a esclarecer el mismo problema: la situación del paciente internado. Por lo tanto el lector encontrará algunas repeticiones inevitables. Pero cada uno de ellos aborda el tema central desde diferente punto de vista; cada uno de ellos parte de una fuente sociológica distinta, y tiene escasa relación con los demás. Este método de presentar el material, que acaso resulte fastidioso, me permite desarrollar analítica y comparativamente el tema central de cada trabajo con mayor profundidad de lo que podría hacerlo en los capítulos de un libro orgánico. Alego en mi descargo el estado de nuestra disciplina. Pienso que si actualmente se desea manejar los conceptos sociológicos con alguna consideración, es preciso remontarse hasta el punto en que mejor se aplica cada uno, seguir su itinerario hacia donde parezca conducir, y urgirlo a que nos revele todas sus otras concatenaciones. O, para expresarlo con una imagen más exacta, quizá convenga vestir a cada uno de sus vástagos con un abrigo individual, en vez de alojarlos a todos juntos en una suntuosa tienda de campaña

donde estarán muertos de frío. El primer ensayo, «Sobre las características de las instituciones totales», es un examen general de la vida social en estos establecimientos, fundado sobre todo en dos ejemplos en los que el ingreso de los internados no es voluntario: los hospitales psiquiátricos y las cárceles. Se enuncian en este trabajo los temas desarrollados en detalle en los demás, y se sugiere su ubicación e importancia dentro del conjunto. El segundo, «La carrera moral del paciente mental», considera los primeros efectos de la institucionalización sobre las relaciones sociales que el individuo mantenía antes de convertirse en internado. El tercer ensayo, «La vida íntima de una institución pública», se refiere a la adhesión que se espera que manifieste el internado hacia su celda, y en detalle a la forma en que los internados pueden establecer cierta distancia entre sí mismos y aquellas expectativas. El último de la serie, «El modelo médico y la hospitalización psiquiátrica» dirige la atención hacia los equipos profesionales para considerar, en el caso de los hospitales psiquiátricos, el rol de la perspectiva médica en lo que se refiere a dar a conocer al internado la realidad de su situación.

Sobre las características de las instituciones totales¹

1 Una versión abreviada de este ensayo aparece en el «Symposium on Preventive and Social Psychiatry», Instituto de Investigaciones «Walter Reed» del Ejército, Washington, D. C., 15-17 de abril, 1957, págs. 43-84. La que damos es una reproducción de *The Prison*, compilada por Donald R. Cressey, copyright © 1961, por Holt, Rinehart and Winston, Inc.

Sobre las características de las instituciones totales¹

1 Una versión abreviada de este ensayo aparece en el «Symposium on Preventive and Social Psychiatry», Instituto de Investigaciones «Walter Reed» del Ejército, Washington, D. C., 15-17 de abril, 1957, págs. 43-84. La que damos es una reproducción de *The Prison*, compilada por Donald R. Cressey, copyright © 1961, por Holt, Rinehart and Winston, Inc.

Introducción

I

Se llaman establecimientos sociales —o instituciones en el sentido corriente de la palabra— a sitios tales como habitaciones, conjuntos de habitaciones, edificios o plantas industriales, donde se desarrolla regularmente determinada actividad. Falta en sociología un criterio adecuado para su clasificación. Algunos de ellos, como la Grand Central Station (Estación Central), son accesibles a cualquier individuo que se comporte correctamente; otros, como el Union League Club de Nueva York, o los laboratorios de física nuclear de Los Alamos, parecen un poco exigentes en lo relativo al acceso. En unos, como en las casas de comercio y en las oficinas de correos, hay un número reducido de miembros fijos que prestan un servicio, y una afluencia continua de miembros que lo reciben. Otros, como los hogares y fábricas, comprenden un conjunto de participantes más estable. Ciertas instituciones proveen el lugar para actividades que presuntamente confieren al individuo su status social, por fáciles y agradables que tales actividades puedan ser; otras, por el contrario, brindan la oportunidad de contraer relaciones que se consideran electivas e informales, reclamando parte del tiempo que dejan libre otras exigencias más serias. En este libro se deslinda otra categoría de instituciones, y se sostiene que dicha categoría es natural y fecunda, porque sus miembros tienen tanto en común que, en realidad, para conocer una cualquiera de tales instituciones es aconsejable echar una mirada a las demás.

II

Toda institución absorbe parte del tiempo y del interés de sus miembros y les proporciona en cierto modo un mundo propio; tiene, en síntesis, tendencias absorbentes. Cuando

reparamos las que componen nuestra sociedad occidental, encontramos algunas que presentan esta característica en un grado mucho mayor que las que se hallan próximas a ellas en la serie, de tal modo que se hace evidente la discontinuidad. La tendencia absorbente o totalizadora está simbolizada por los obstáculos que se oponen a la interacción social con el exterior y al éxodo de los miembros, y que suelen adquirir forma material: puertas cerradas, altos muros, alambre de púa, acantilados, ríos, bosques o pantanos. Me interesa explorar aquí las características generales de estos establecimientos, a los que llamaré *instituciones totales*.²

Las instituciones totales de nuestra sociedad pueden clasificarse, a grandes rasgos, en cinco grupos. En primer término hay instituciones erigidas para cuidar de las personas que parecen ser a la vez incapaces e inofensivas: son los hogares para ciegos, ancianos, huérfanos e indigentes. En un segundo grupo están las erigidas para cuidar de aquellas personas que, incapaces de cuidarse por sí mismas, constituyen además una amenaza involuntaria para la comunidad; son los hospitales de enfermos infecciosos, los hospitales psiquiátricos y los leprosarios. Un tercer tipo de institución total, organizado para proteger a la comunidad contra quienes constituyen intencionalmente un peligro para ella, no se propone como finalidad inmediata el bienestar de los reclusos: pertenecen a este tipo las cárceles, los presidios, los campos de trabajo y de concentración. Corresponden a un cuarto grupo ciertas instituciones deliberadamente destinadas al mejor cumplimiento de una tarea de carácter laboral, y que solo se justifican por estos fundamentos instrumentales: los cuarteles, los barcos, las escuelas de internos, los campos de tra-

² En la literatura sociológica se ha aludido una que otra vez, bajo muy diversos nombres, a la categoría de las instituciones totales, y hasta se han sugerido algunos de los rasgos de esta clase de establecimientos. Quizás el aporte más notable en este sentido sea el artículo de Howard Rowland: *Segregated Communities and Mental Health*, incluido en «Mental Health Publication of the American Association for the Advancement of Science», N° 9, comp. por F. R. Moulton, 1939. Un esbozo previo de nuestras conclusiones figura en *Group Processes (Transactions of the Third Conference*, comp. por Bertram Schaffner, Josiah Macy, Jr., Foundation, Nueva York, 1957). Amitai Etzioni usa la designación «total» en el mismo sentido, en: *The Organizational Structure of «Closed» Educational Institutions in Israel*, «Harvard Educational Review», XXVII, 1957, pág. 115.